

Palabras del Presidente de la República, Ricardo Lagos, en los funerales de Raúl Rettig
(SIN EDITAR)

SANTIAGO, 2 de mayo de 2000

En el comienzo de un nuevo siglo, muere uno de los protagonistas del siglo pasado y nos deja un ejemplo para todos.

Don Raúl llegó hasta el final de sus días con su lucidez y su sentido del humor intactos. Lo vi el día en que inauguramos el Año Académico en la Universidad de Chile. Con más de noventa años y su salud quebrantada, Raúl Rettig no dejaba de asistir a estos actos que renuevan el compromiso y el sentido republicano que mostró a lo largo de toda su vida.

Pocas personas tienen su nombre unido a un logro mayor como don Raúl y la Comisión Rettig. Pero la dirección de la Comisión Rettig fue la coronación de una trayectoria. La sabiduría del Presidente Aylwin le aconsejó ponerlo a cargo de ella, por lo que Raúl Rettig ya era, por lo que había sido y por lo que había dado.

Como se ha dicho, una Nación se revela por la gente que produce y por la gente que honra. Es bueno hoy para Chile honrar a don Raúl Rettig.

El no fue un afortunado, nada le cayó en las manos, todo fue fruto de su esfuerzo.

¿Cuántas veces en su vida se pudo cortar el hilo que lo llevó a la plenitud? En su niñez y juventud padeció carencias, sufrió falta de afectos, pasó frío, no tuvo un hogar propio, pero su hogar, en definitiva, fue Chile.

Cuando joven, como él mismo dijo, como a muchos, lo conmovió Neruda, que en su "Canción de fiesta" el año 1922 escribió:

"Van nuestras jóvenes almas henchidas,
como las velas de un barco en el viento".

Rettig siguió toda su vida con su alma henchida por amor a Chile.

¿Cuántos hoy día harían lo que don Raúl hizo en sus momentos? Como él mismo lo dice: fue boletero de circo, despedido por haberse enamorado de una trapecista; mal futbolista, encaminó su pasión hasta convertirse en un doctor del fútbol, que lo llevó a ser doctor hasta el día antes de su muerte, para criticar resultados futbolísticos.

¿Cuántos hoy desafiarían a un duelo por defender su honra o un amor?

Lo conocí, lo conocí personalmente el año 59, como profesor de Filosofía del Derecho, que es obviamente un ramo formativo que enseña a analizar y criticar el derecho positivo vigente del punto de vista de criterios superiores; los del desarrollo moral de la humanidad. Don Raúl, que compartió esta cátedra con otro eminente filósofo de nuestro país, como fue Jorge Millas, siempre sostuvo que la ley no tiene que recurrir a un derecho natural para explicar el fundamento de sus disposiciones.

Otro filósofo, Norberto Bobbio, un hombre querido por los suyos, político y filósofo

como Rettig, escribió "sin derechos del hombre reconocidos y protegidos no hay democracia, sin democracia no existen las condiciones mínimas para la solución pacífica de los conflictos sociales".

Estoy cierto que Rettig habría suscrito a plenitud esta afirmación. Desde las múltiples funciones públicas que cumplió, subsecretario o senador, embajador o primer presidente del Colegio de Abogados, o presidente de su partido, el Partido Radical, como opositor al gobierno militar o como presidente de la comisión que al final lleva su nombre.

Rettig fue un ferviente e intransable defensor de la democracia y de los valores que en esa democracia él consideró fundamentales. Entre ellos, por cierto, la tolerancia, el arte de respetar al otro. Fue un maestro en aunar y conciliar voluntades, porque era capaz de escuchar y respetar a otros. La no violencia, posible y fructífera sólo sobre la base de las reglas de la democracia que permiten la solución pacífica de los conflictos. Está allí la renovación gradual de la sociedad mediante el libre debate de las ideas y el cambio de la mentalidad y la manera de vivir.

Rettig fue siempre un hombre abierto a ideas nuevas, a los cambios que ocurren en el mundo. Creía en la necesidad de renovarse para mejor, para progresar. Y está finalmente el principio de la fraternidad, aquel valor en que en él nos encontramos todos, religiosos o no, y que da el más profundo sentido al ejercicio de la política.

Qué duda cabe: fue un demócrata de convicciones profundas, por su formación jurídica y filosófica, por su vocación social, por su incansable trabajo como servidor público. No buscó riquezas y sólo los honores indispensables para servir al país donde nació, creció y se formó. Desde el internado normalista en Victoria a la Universidad de Concepción, donde fue el mejor alumno de su generación. Allí se entusiasmó en la política, en su vertiente laica, se hizo militante del Partido Radical y permaneció allí todo el resto de su vida.

¿Fue un político excepcional?, desde luego que lo fue. Pero fue más que eso. Fue un ejemplo en lo personal, un ejemplo en lo público. Estamos orgullosos de haberlo tenido entre nosotros, de haberlo conocido. Orgullosos de sus raíces. Así quisiéramos ser cuando todos lleguemos a mucho mayores.

El tiene un lugar en el corazón de Chile.

Y hoy aquí, en esta plazoleta hay una expresión de ese Chile diverso, multifacético, de mil religiones, de mil visiones, de mil creencias, que llegan aquí a rendir un homenaje a Rettig.

Anoche, anoche me desvelé un tanto pensando qué debía decir de él y por qué su muerte ha producido un impacto tan grande. ¿Es porque fue senador o subsecretario?, mucho más que eso. ¿Fue un gran profesor?, más que eso. Yo creo que Raúl Rettig encarnó, como pocos, el alma de un país que lo vio en él nacer al muchacho humilde que desde una escuela Normal de Victoria llegó a tener los más grandes honores del país. Es que a través de él nos sentimos orgullosos del Chile de la década del 10 y el 20, que le podía dar a un joven modesto un sitio en la historia de Chile.

El orgullo nuestro aquí es por él, pero por lo que él encarnó de ese Chile, y nuestra

presencia aquí debiera ser por el cómo asegurarnos que construiremos un país donde el Chile del siglo XXI le dará el espacio y el sitio a los Rettig que tengamos en el siglo XXI.

Por esto estamos aquí con un sentido de honor, de honor por lo que él representó, pero también un cierto orgullo interior de lo que fuimos capaces de construir como país y proyectarnos a través de un hombre de las condiciones de Rettig. A través de él, la Patria le rinde un homenaje a uno de sus hijos más ilustres, qué duda cabe, pero también la Patria quisiera decir que como un homenaje permanente a él queremos crear las condiciones para que otros como él en este siglo que se inicia puedan tener también la hoja de servicios que tuvo don Raúl a Chile.

Muchas gracias don Raúl, Chile se lo agradece.